

# LOS MÁRTIRES DE TOLUCA.

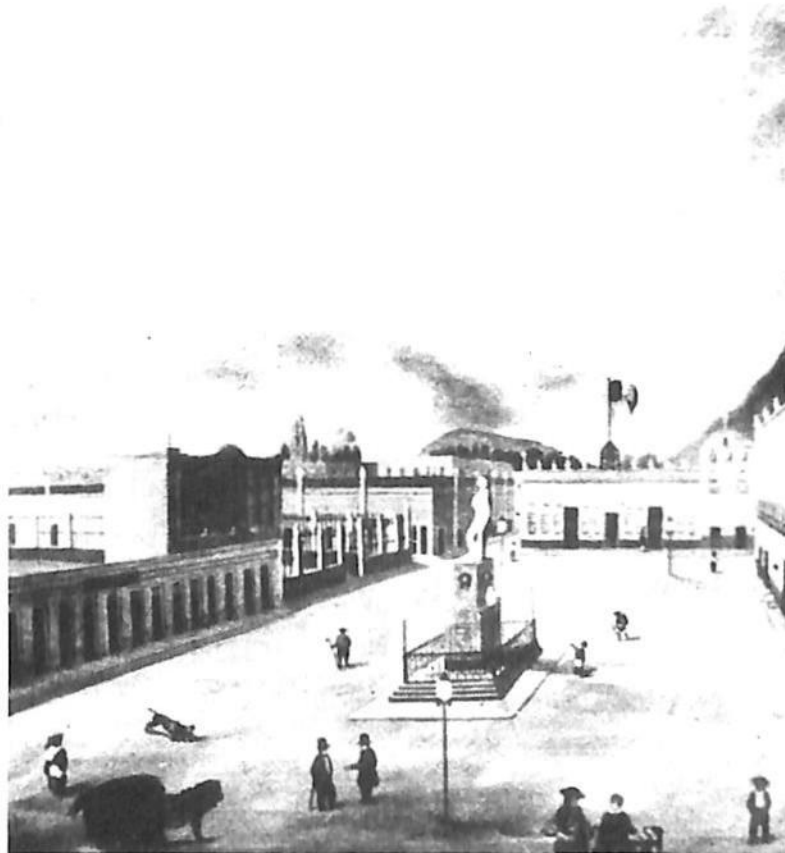
## 19 DE OCTUBRE DE 1811

### LA SOBERANA JUNTA NACIONAL GUBERNATIVA

**E**n la segunda fase de aquel movimiento insurreccional detonado por el cura don Miguel Hidalgo, allá en la parroquia de Dolores, diferentes grupos guerrilleros operaban en la Provincia de México. Los grupos armados se organizaban en torno a un caudillo, operaban desarticuladamente en relación con las otras guerrillas insurgentes y financiaban su actividad expoliando los recursos de la región que controlaban.

Luego de la muerte de Hidalgo (30 de julio de 1811) el agrupamiento armado más importante era, sin duda, el encabezado por el cura de Carácuaro, don José María Morelos y Pavón. A este brazo armado actuaba adosado un grupo de intelectuales que intentaban dar significado e institucionalidad a la rebelión americana. Los hombres más importantes eran Ignacio López Rayón, José Sixto Berdusco, José María Liceaga, José María Cos y Andrés Quintana Roo, entre otros.

A mediados de 1811, y mientras el teniente general José María Morelos y Pavón consolidaba militarmente a la insurgencia en la tierra caliente del departamento de México, tal como se lo había ordenado don Miguel Hidalgo, los intelectuales buscaban respuestas a muchas preguntas: ¿cómo legitimar la insurrección popular?, ¿qué hacer para someter a su autoridad a las partidas rebeldes?, ¿cómo sintonizar la actividad de las guerrillas revolucionarias?, ¿cómo facilitar la incorporación de los simpatizantes y cómo utilizarla en provecho del movimiento?, ¿cómo asociar la inteligencia con la violencia?



*Plaza de los Mártires* [litografía rescatada por Mario Colín].

Aquellos hombres imaginaron, desde meses atrás, la pertinencia de erigir una Junta Gubernativa a la manera de las que existían en España y Sudamérica, capaz de gobernar a la Colonia a nombre y mientras durase la cautividad de Fernando VII. Dada esa lamentable situación, el pueblo asumía la soberanía mientras la circunstancia persistiera.

Ya instalados en la villa de San Juan de Zitácuaro, aquellos pensadores consideraron que los caudillos revolucionarios, por su condición de rebeldía, representaban los intereses de la nación. En tal sentido eran esos generales quienes en junta patriótica en Zitácuaro deberían acordar la instalación de una Suprema Junta Nacional Gubernativa.

Para Rayón lo mismo que para Morelos la idea era coincidente. Dijo Morelos a Rayón en una carta: "parece que estábamos en un mismo pen-

samiento y muchos días ha que la he deseado para evitar tantos males"; no obstante, el cura Morelos se disculpó alegando que sus ocupaciones militares le impedían apersonarse en Zitácuaro, pero nombró en su lugar a José Sixto Berdusco para que, representando a su persona, concurreniera a la Junta.

El 19 de agosto de 1811 acudieron a San Juan Ignacio López Rayón, titulado Ministro de la Nación; José María Licega y José Sixto Berdusco, cura de Tuzantla, como apoderado del general José María Morelos. Se presentaron además, los mariscales de campo Ignacio Martínez, un personaje por quien Morelos tenía enormes reticencias por su soberbia, codicia y arrogancia, y Benedicto López, indio de Zitácuaro, todo contraste con Martínez; los brigadieres José María Vargas y Juan Albarrán; Remigio Yarza, el coronel Miguel Serrano y el subinspector Vicente

Izaguirre en representación del general José Antonio Torres, del general Toribio Huidobro y del comisionado de la plaza de Sultepec, Mariano Ortiz, respectivamente; el capitán Manuel Manzo; el comisionado en tierra caliente Tomás Ortiz y el cuartelmaestre José Ignacio Ponce.

Estos trece personajes estaban convencidos de la urgencia de erigir una Junta para dar fin a la anarquía que imponía la guerra y, de acuerdo con el proyecto de Rayón, los poderes ejecutivo, legislativo y judicial debían quedar depositados en la Junta o cuerpo de cinco vocales, compuesta de cinco notables personajes, uno de los cuales llevaría el título de Presidente. Tres vocales serían electos en el acto y se reservarían dos asientos para ser ocupados por alguno de los ausentes, sobre la base de la actitud patriótica y méritos revolucionarios. Los electos resultaron ser Ignacio López Rayón, José Sixto Berdusco y José María Liceaga. Ellos formaron la Suprema Junta Nacional Americana.

Un compromiso inmediato de la Junta Nacional Gubernativa consistió en elaborar un plan de operaciones militares orientado a cumplir varios objetivos: articular el movimiento independentista, procurar una dimensión nacional a la acción rebelde, concertar mecanismos de financiamiento de la guerra y consolidar la autoridad de la Junta sobre las poblaciones controladas por los insurgentes. Con eso, se lograba, además, someter a los guerrilleros independientes y se evitaban los excesos de los facciosos, quienes con el pretexto de la revolución sólo se dedicaban al saqueo y al pillaje. Para ese efecto, la Junta Nacional estableció demarcaciones, expidió nombramientos y concedió grados militares: Benedicto López recibió el título de Mariscal de Campo para la demarcación en Zitácuaro y Malacatepec; Ignacio Martínez, también fue nombrado Mariscal de Campo para Pachuca y rumbo de Zacatlán; José María Oviedo, obtuvo el de Brigadier para la región de Tenango del Valle; José María Vargas, el de Brigadier con demarcación en Ixtlahuaca; Manuel Arriaga Díaz,

Comandante en Nopala y Rafael Polo, Comandante en Tlalpujahua.

Otros combatientes de la plaza de Sultepec también recibieron nombramientos en razón de su patriotismo y constancia. Esos fueron los casos del bachiller José Antonio Gutiérrez designado Mayor General de Infantería; don Salvador Gómez pasó a Mayor General de Caballería; el Brigadier Ventura Segura fue ascendido a Capitán Comandante de la 1ª Brigada de Artillería; el bachiller Fabián Rodríguez, Capitán Comandante de la 2ª Brigada de Artillería; don Ignacio Saavedra, Coronel de Voluntarios Nacionales y don Mariano Segura fue nombrado Subdelegado.

Varios métodos empleó la Junta Nacional para hacerse obedecer por los guerrilleros independientes. Algunos fueron violentos como los fusilamientos en Zitácuaro del teniente coronel José Manuel de Céspedes, Ventura García Otero, Félix Oropilleta y Alejo Vargas, por haber ejecutado a sangre fría varios homicidios en la iglesia de Jocotitlán. Con otros buscaron apoyar sus acciones. Tal fue el caso de don Julián Villagrán y su hijo José María conocido como "Chito" Villagrán que operaban regularmente entre Huichapan y Querétaro. Con la comisión de subordinarlos a la Junta, don Rafael Polo llegó hasta los Villagranes ofreciendo 400 hombres y 4 cañones para combinar en Arroyo Zarco el ataque a los realistas que desde México se dirigían a Querétaro. La táctica surtió efecto, porque los Villagranes aceptaron sujetarse a la autoridad de la Suprema Junta y, más tarde, combinaron sus operaciones con la División del cura de Nopala, José Manuel Correa, militar subordinado a dicho gobierno.

Poco a poco, la Junta Nacional se convirtió en eje de la revolución y con el tiempo se transformó en centro coordinador de los grupos rebeldes. Los jefes insurgentes, en su mayoría, informaban regularmente de sus operaciones de guerra, solicitaban nombramientos para sus subordinados, casi siempre aceptaban las recriminaciones e invariablemente actuaban en su nombre.

## JOSÉ MARÍA OVIEDO EN LA DEMARCACIÓN DE TENANGO DEL VALLE

A mediados del mes de septiembre de 1811, las fuerzas del antiguo subordinado del Mariscal Benedicto López y ahora flamante Brigadier José María Oviedo llegaron procedentes de Zitácuaro a asentarse en la demarcación de Tenango del Valle. En esta región operaban de manera independiente los rebeldes Julián Canseco y Juan Agustín Cruz actuando por los rumbos de Malinalco, Jalmolonga y Tenancingo, pero la preocupación se enfocaba en el control del cerro de Tenango del Valle.

El 20 de septiembre, el jefe insurgente Esteban Pérez envió noticias al general José María Morelos, situado en Chilapa, sobre el ataque de Canseco a la hacienda de Jalmolonga y el sitio que José María Oviedo imponía a Toluca. "Dios quiera que todo salga cierto", escribió meditabundo Pérez.

En los dos días siguientes, sucedieron enfrentamientos entre insurgentes y realistas. Siguiendo el relato escrito por don Miguel Salinas con fuentes de la *Gaceta de México*, se sabe que el 21 de septiembre de 1811, Julián Canseco y Juan Agustín Cruz unieron sus contingentes en Tenancingo y desde allí avanzaron hasta poseionarse del pueblo y cerro de Tenango del Valle. Sus fuerzas se componían de indios de más de veinte pueblos, un número considerable de gente a caballo, tres cañones de corto calibre, mucha fusilería y otras armas.

El jefe realista Rosendo Porlier, encargado de las fuerzas de Toluca, salió ese mismo día a desalojar a los rebeldes del punto. El lugar era complicado por lo escarpado del área y la pendiente del monte. Difícilmente podía usar la caballería.

Por la tarde, Porlier inició la batalla. La tropa real de Marina y dos compañías de la Corona fueron enviadas a atacar por la parte izquierda del cerro amurallado; otras dos compañías del mismo cuerpo debían hacerlo por la derecha,

mientras por el frente quedaba una compañía de la Corona y la caballería en el llano.

La acometida de la tropa realista por los flancos fue ordenada y valerosa. En medio de un fuego vivo de metralla, fusilería y las enormes piedras que los insurgentes precipitaban sobre los realistas, llegaron éstos cerca de los cañones, pero la infantería no pudo apoderarse de la artillería en vista de los innumerables parapetos y paredones que hacían costoso y complicado el avance.

La función de armas ya duraba más de una hora, cuando Rosendo Porlier ordenó a sus tropas retroceder ordenadamente a fin de bajar al llano a descansar y organizar para más adelante una segunda acometida, que bien podría ser esa misma tarde o al amanecer del día siguiente.

Porlier, según don Miguel Salinas, emprendió la nueva embestida al clarear el día, pero ya no encontró a los rebeldes. En el lugar sólo estaban muchos caballos, mulas, ganado y otros efectos. Amparados en la oscuridad los insurgentes acaudillados por Canseco y Cruz habían abandonado su fuerte posición en el cerro y escapaban en el mayor desorden y en total dispersión por el camino de Sultepec. Los rezagados fueron alcanzados en un llano y en el acto atacados. En el lance, 13 insurgentes fueron aniquilados, los más de a caballo. Según Porlier, la pérdida de los rebeldes en la montaña había sido muy considerable, cosa que había llenado de terror y pánico a los indios y a toda la chusma.

El relato de don Miguel Salinas contrasta con la breve versión del profesor Javier Romero Quiroz. Este dice que el 22 de septiembre de 1811, Rosendo Porlier, con un destacamento de la Marina, cinco compañías de la Corona y tropas de caballería, atacó a José María Oviedo en Tenango del Valle. En la acción, los realistas fueron rechazados, muriendo en el campo de batalla el sargento mayor Villalba y el capitán José Gallejos del cuerpo de la Corona y heridos gravemente el coronel Iberri y el capitán Francisco Bustamante.

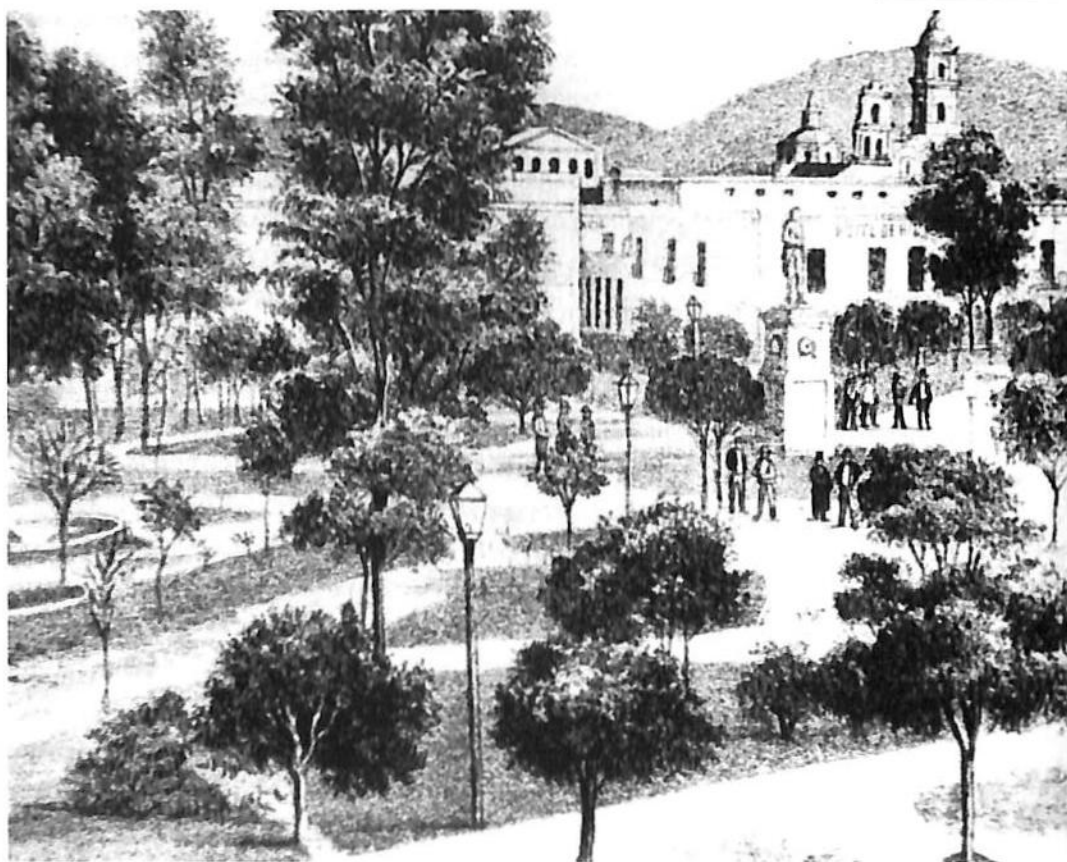
Varias preguntas surgen: ¿qué fuerzas insurgentes estaban en el cerro de Tenango del Valle?, ¿las combinadas de Julián Canseco y Juan Agustín Cruz, las de José María Oviedo o las unidas todas al mando de Oviedo?, ¿cuál fue el resultado de la función de armas?, ¿Porlier derrotó por abandono del campo de batalla a Canseco y Cruz?, ¿Oviedo a Porlier con las bajas realistas que se mencionan?

Un texto de Ignacio Rayón, fechado el 4 de octubre de 1811, con las noticias más interesantes de lo acaecido en septiembre de ese año, ayuda a esclarecer el embrollo. Rayón informa en primer lugar, que el Brigadier José María Oviedo derrotó al enemigo en Tenango del Valle, dispersándole una división de 600 hombres, entre los que se contaban 200 marinos que habían salido de Toluca con el fin de atacarle. Al término de la

batalla, el campo, dice Rayón, quedó cubierto de cadáveres y gran cantidad de armas que fueron recogidas por sus hombres. Entre los muertos se reconoció al comandante Villalba y el sargento Acevedo.

Otras noticias escritas por Rayón se refieren a la toma de Ixtlahuaca realizada por el Brigadier José María Vargas. Allí, 300 realistas habían huido vergonzosamente después de haber presentado su campo dos veces en formación de ataque, con sólo haber visto la intrepidez y valor de las tropas insurgentes. Las fuerzas rebeldes los persiguieron hasta las inmediaciones de Toluca.

Asimismo, en el pueblo de Nopala, de la provincia de Huichapan, dice Rayón que hubo una batalla muy reñida sostenida por el comandante Manuel Arriaga Díaz, quien consiguió rechazar



Murguía, Plaza de los Mártires (convertida en jardín después de 1870), El ayer de Toluca, Gobierno del Estado de México.

completamente al enemigo con pérdida considerable de los realistas y ninguna de los insurgentes. El cuadro de noticias se cerraba con las operaciones del sargento mayor Rafael Polo a cargo del cantón de Tlalpujahuá. Manifiesta Rayón que, en Arroyo Zarco, don Polo, con valiente intrepidez, arremetió contra los hombres que conducían una partida de carneros a México. Mató a muchos e hizo 28 prisioneros, entre ellos 3 europeos quienes en breve iban a expiar su delito con suplicio afrentoso que se les preparaba. Los insurgentes además, tomaron 900 carneros.

Sin muchos detalles en el documento, quedan claro dos aspectos: primero, que la plaza de Tenango del Valle fue tomada a mediados de septiembre por José María Oviedo, según las instrucciones de la Junta Nacional y defendida por este jefe insurgente y, segundo, que Rosendo Porlier y las fuerzas salidas de Toluca fueron derrotadas en la confrontación. Visto así, la fuente de la cual don Miguel Salinas construyó su relato es poco consistente dado que Porlier mintió al escribir su parte de guerra; pero lamentablemente no hay otras fuentes.

#### LA CIUDAD DE TOLUCA SITIADA POR OVIEDO

Habiendo fracasado Rosendo Porlier en su intención por tomar Tenango del Valle, el jefe realista derrotado retornó a Toluca. De inmediato se dio a la tarea de organizar la defensa de la plaza que abastecía de granos a la ciudad de México y a demandar, a la autoridad virreinal, refuerzos para enfrentar el inminente ataque rebelde. El plan de Porlier consistía en encerrarse en Toluca con cerca de 400 hombres y aguantar el embate mientras llegaban los auxilios.

En el ínterin, José María Oviedo logró sujetar a su autoridad, o más bien, a la obediencia de la Junta Nacional con residencia en Zitácuaro, a los grupos armados de Juan Agustín Cruz, Juan Albarrán, Mariano Montes de Oca, José Víctor Rosales, Mariano Garduño, José Carmonal y va-

rios frailes. La idea se enfocaba a atacar y apoderarse de la ciudad de Toluca.

La extensión de la ciudad y la falta de hombres constituían un reto; en tal circunstancia, distribuyó a sus fuerzas, a las autoridades municipales y a algunos vecinos que se habían sumado a la defensa, en siete sitios importantes: la plazuela de Alva (hoy Jardín Zaragoza) con cinco parapetos y las cortaduras de la Merced, el Camino real de México, la Tenería (hoy avenida Lerdo de Tejada), San Juan de Dios o del Calvario, el Beaterio (hoy rumbo del edificio de la rectoría de la Universidad Autónoma del Estado de México) y la iglesia del Carmen.

Para resistir la ofensiva insurgente, en cada cortadura o parapeto de tierra o ladrillo detrás del cual los situados debían colocarse para defenderse contra el fuego enemigo, Porlier designó a cada oficial un promedio de 35 hombres de tropa, entre granaderos o dragones y un cañón. Así, por ejemplo, la cortadura del Carmen estaba a cargo del alférez de la fragata de la real armada, Francisco Sevilla con 28 granaderos, 10 dragones y un cañón.

Aquella tarde del 14 de octubre, los insurrectos se acercaron a las goteras de Toluca y efectuaron un tiroteo sin consecuencias. Al caer la oscuridad fueron suspendidos los disparos y durante la noche no se reportó novedad alguna.

La amenaza se concretó la mañana del 15 de octubre de 1811. Ese día, sobre los cerros que rodean a la ciudad de Toluca, se dejó ver un número incalculable de gente de pie y a caballo. Pronto, desde el cerro de San Miguel Apinahuizco, rompieron el fuego con fusiles y pedreiros y una boca de cañón lanzó disparos hacia la plaza, el cementerio y la calle de la Tenería. Aunque causaron destrozos en las casas de los toluqueños, no lograron dañar a la tropa.

Porlier respondió haciendo fuego con una culebrina instalada en el cementerio de la parroquia de San José de Toluca. Sus disparos fueron activos y certeros, y pronto obligaron a los in-

surgentes a replegarse hacia la falda opuesta. De inmediato descubrieron un segundo cañón emplazado en el cerro de Apinahuizco, pero tampoco esta pieza de artillería logró inquietar a la tropa.

Hacia el medio día el cañoneo surgió desde el cerro de Zopilocalco, pero lo más preocupante era el atronar de cuatro cañones colocados en el cerro del Calvario. El dispositivo insurgente giraba en torno a los siete cañones cuya metralla intensa pretendía desalojar las guarniciones de las cortaduras.

Intrigado por la capacidad de los rebeldes, Porlier destacó al capitán urbano y corregidor de Toluca, Nicolás Gutiérrez, para que con 70 infantes y 40 dragones subiera al cerro de San Miguel a conocer número y probar su potencia militar. Los realistas apenas remontaron media vertiente porque muchos indios y gentes a caballo los batieron por los flancos. No queriendo exponerse a un descalabro, Porlier ordenó que retrocedieran y volvieran a ocupar sus puestos en las cortaduras.

En las horas siguientes, los toluqueños, refugiados en sus casas, escucharon sobrecogidos el retumbar de cañones, el estrépito de morteros, las descargas de fusilería y la escandalera de los atacantes. No obstante, una y otra vez, las embestidas insurgentes fueron rechazadas. El día terminó sin que se hubieran modificado las posiciones iniciales.

Al otro día, el brigadier Oviedo continuó el cañoneo sobre las cortaduras, y ordenó además algunas arremetidas por las calles de la Tenería y la Merced en la que intervenían la caballería, los fusileros y los honderos. Con todo y que atacaron con decisión, no pudieron quebrar ninguna guarnición.

Fracasaron incluso cuando usaron una curiosa estrategia consistente en arriar a una cantidad considerable de toros hacia los parapetos a fin de proteger la instalación de dos cañones, y lo mismo ocurrió al anochecer cuando tra-

taron de penetrar a la ciudad, incendiando casas próximas a las cortaduras y abriendo boquetes en las paredes para penetrar. Una y otra vez los insurgentes fueron repelidos.

La historia se repitió en el cuarto día del sitio, pero a las siete de la noche las albricias llegaron con un correo del capitán de fragata, Joaquín María de la Cueva, avisándole a Porlier que una división a su mando se hallaba en Lerma, pronta a entrar en la ciudad para su auxilio.

En efecto, las fuerzas realistas ingresaron a la ciudad a eso de las diez de la mañana del 18 de octubre. Misteriosamente, los contingentes revolucionarios no ejecutaron ese día ningún ataque a las guarniciones, ni hostigaron a los recién llegados. ¿También daban un reposo a sus fatigadas tropas?, ¿sus exploradores no informaron con oportunidad sobre la llegada y número de refuerzos a Toluca?, ¿subestimaron el número de realistas? Muchas preguntas se mantienen sin respuesta. La tranquilidad era tal, que las tropas de auxilio pudieron descansar el resto del día mientras los altos mandos tomaban las providencias y medidas conducentes para hacer una salida al romper el alba.

El 19 de octubre, Porlier dispuso que el capitán de fragata, Joaquín María de la Cueva saliera a atacar el cerro del Calvario, punto neurálgico porque desde allí los insurgentes hostigaban, con mucha infantería y caballería a las cortaduras. Para evitar ser alcanzado por la artillería insurgente, De la Cueva sacó a sus hombres por el camino a México, situado en un amplio espacio llano dominado por los maizales que maduraban en octubre. El contingente realista se integraba de 200 infantes, 160 dragones y dos piezas de a cuatro: en total 360 hombres.

Afuera de la ciudad, De la Cueva formó tres columnas y sigilosamente avanzó hacia el Calvario. La sorpresa fue completa. Los realistas avanzaron con orden, valor y eficacia. En su parte de guerra Porlier afirma ufano, que De la Cueva “en menos de tres minutos avanzó sobre cosa de 5 mil hombres que ocupaban el Calvario, destrozándolos en un momento”. Impuesto el pánico entre los insurgentes sobrevino el desorden. La batalla se convirtió en masacre y en un sálvese quien pueda. Las faldas del cerro quedaban cubiertas de cadáveres de indios.

Enterados de lo que ocurría en el Calvario, los resguardos de la Merced y San Juan de Dios acudieron al lugar donde se aniquilaba a los rebeldes. Simultáneamente, la infantería y caballería de Porlier atacó a los insurgentes que cubrían los cerros de San Miguel Apinahuizco y Zopilocalco. No halló ninguna resistencia. Los insurgentes llenos de pavor se habían puesto en precipitada fuga. Muchos perecieron al ser alcanzados por la caballería, pero otros lograron escapar tomando la serranía de la Teresona, Santa Cruz, Santiago Tlaxomulco, Santiago Miltepec y Huitzila.

En menos de media hora los realistas y los toluqueños se vieron libres de cinco días de asedio. Al levantar el campo recogieron siete cañones, cajas de munición, fusiles, muchas lanzas, caballos, toros, vacas, borregos y cerdos, banderas, brea, cebo y demás efectos.

Del Calvario descendieron 100 prisioneros insurgentes capturados por De la Cueva. Todos ellos eran parte de la indiada rebelde que acompañaba a José María Oviedo. Los jefes revolucionarios lograron evitar la captura.

De inmediato Porlier ordenó que fueran fusilados en la calle principal de Toluca (hoy Independencia) para escarmentar a los levantiscos. La orden, alarmó a los religiosos de los conventos y a los vecinos notables de la ciudad. Muchos de ellos rogaron a Porlier tuviera piedad con los vencidos, pero el jefe realista se mantuvo inconvencible.

Ese mismo día se cumplió la orden. La plaza principal fue el escenario de ejecución en masa de aquellos indios subversivos. Sólo uno fue dejado con vida. Se cuenta que Porlier dio un brutal puntapié en las nalgas del último indio, lo arrojó lejos de sí y le dijo: “Anda y ve a contar a tus compañeros lo que acabas de ver”.

La derrota insurgente fue sólo temporal, más tarde los dispersos fueron a reunirse otra vez a Tenango del Valle. Hacia ellos se dirigió el capitán de fragata Joaquín María de la Cueva el 24 de octubre, pero conociendo su número, reculó a Toluca al día siguiente sin intentar algo contra aquellos rebeldes.

Con el tiempo, aquella plaza central de la ciudad de Toluca, pasó a llamarse Plaza de los Mártires, en memoria de aquellos 100 indios revolucionarios, fusilados por el crimen de luchar por la independencia nacional. **LC**

## BIBLIOGRAFÍA

- Guzmán Pérez, Moisés (1994), *La Junta de Zitácuaro 1811-1813. Hacia la institucionalización de la insurgencia*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Instituto de Investigaciones Históricas.
- Herrejón Peredo, Carlos (1987), *Morelos. Documentos inéditos de vida revolucionaria*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Romero Quiroz, Javier (1988), *Ciudades y Villas heroicas de México: Cuautla, Zitácuaro, Tenango del Valle y Veracruz*, Tenango, H. Ayuntamiento de Tenango.
- (1968), *Tenango. Villa heroica*, México, Patronato Promoción Turístico y Arqueológico de Tenango del Valle.
- Salinas, Miguel (1988), *Toluca, la plaza de los mártires*, Toluca, Consejo Cultural de Toluca.